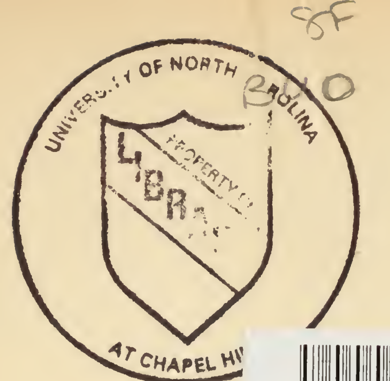



UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL
PROPERTY OF
LIBRARY


a 00002 34007 8


LUX
LIBERTAS

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA DUQUESA DE ALTORA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ARJONA Y LAINEZ

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1891

LA DUQUESA DE ALTORA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ARJONA Y LAINEZ

Estrenada con éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA
la noche del 21 de Febrero de 1891



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

A mis padres de mi alma

Vuestro hijo,

Joaquín

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANGELA ó LADY WAVERLEY.....	Srta. Bernal.
ELENA (actriz)................	Martínez.
DOÑA ISABEL.................	Sra. Guerra.
LUISA (actriz)................	Morales.
AMALIA (criada)...............	Cancio.
FEDERICO CETINA (escritor)......	Sr. Mario.
CARLOS BERMUDEZ (id.)........	Sánchez de León.
ANDRES GALLARDO (pintor)......	García Ortega (D. Luis).
MIRANDA (actor)..............	Fornoza.
GUTIERREZ (periodista)..........	Mendiguchía.
EL GENERAL DAROCA...........	Montenegro.
CUADERNILLO (traspunte)........	Lacalle.
LUIS TRUJILLO................	García Ortega (D. Francisco).
ACTOR 1.º.	Urquijo.
IDEM 2.º.....................	Paredes.
IDEM 3.º.....................	Delgado.
ABONADO 1.º..................	Ponzano.
IDEM 2.º.................... .	Morales.
IDEM 3.º.....................	Píriz.
UN CRIADO..................	Montenegro (hijo).

La acción en Madrid.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

Salón pequeñito de exquisito gusto artístico, y adornado con verdadera suntuosidad.—Objetos de arte acá y allá esparcidos con singular acierto, como son cuadros, esculturas, porcelanas, etc.—Una puerta al foro que dá al interior. Balcones en la derecha; y en la izquierda gran chimenea encendida.—El adorno y disposición de la escena deberá expresar el sentimiento artístico del dueño de la casa, y dar á conocer que éste, es una señora.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO y ANDRÉS

FED. ¿Quién había de conocerte?

AND. Cualquiera, menos tú.

FED. ¡Quita de ahí, mal amigo!

AND. ¿Con que el almuerzo que aquí nos ha reunido se debe á una merced más del ama de esta casa?

FED. ¡Su bondad no tiene fin!

AND. Y dime. ¿El chico lo merece?

FED. ¡Ya lo creo! Autor dramático de buena cepa y de notable cultura.

AND. ¿Y el estreno de su obra es esta noche?

FED. Esta noche. Te aseguro que tengo más miedo que él.

AND. Es natural.

FED. Pues, ¿y Angela?

AND. Oye. Creo que al autor novel no le parec

costal de paja aquella muchacha de ojos negros y expresivos como los de una *ciociara*.

FED. Es su novia, y ambos se quieren con delirio. Ella es una gran actriz, y estrena la obra de Carlos.

AND. Carlos Bermúdez, si no me engaño.

FED. Cabal.

AND. Pues, señor, que he llegado con oportunidad. Tengo la satisfacción inmensa de ver á Angela, y de expresarle la honda gratitud de la Escuela de Pintura, para cuyo acto de gracias he sido comisionado y llego en ocasión en que aquí aparece un nuevo artista.

FED. ¿Por supuesto que en Roma el entusiasmo no sería pequeño?

AND. Ya lo creo. ¡Inmenso, portentoso! Imagínate lo que puede hacerse con un millón de liras.

FED. ¿Habrá mucho desgraciado?

AND. Siempre en número mayor que los dichosos. Esta cuenta nunca falla. Recibió el Director tan espléndido donativo y desde luego se pensó en enviar á alguien que interpretase fielmente los sentimientos de la Escuela. ¿Quién mejor que yo? Cuanto soy lo debo á ésta noble señora.

FED. De todo cuanto dijiste á Angela, en nombre de la Escuela, lo que más me satisfizo fué el contemplarte agradecido.

AND. ¡Ay, amigo mío! ¡Cuando se ha tenido hambre, no pueden olvidarse los bienes recibidos!

FED. Pues no falta quien los olvida.

AND. Algún infame, sin duda.

FED. No, hombres solamente. Acuérdate de *Ursus* y *Homo*, y de qué bien trocaba los nombres aquel infeliz titiritero.

AND. Yo no puedo olvidarlos, ni quiero olvidarlos. ¿Sabes tú lo que es hambre?

FED. ¡Pues no he de saberlo! ¿Qué español, que arrime el hombro al trabajo, no conoce á esa señora?

AND. Mi anciano padre, impedido para el trabajo, se hallaba entonces conmigo. Mis hermanos, niños aún, sufrían aquella espantosa

miseria. Llegó Angela. Un minuto antes, negrura, dudas, horror; un minuto despues, ¡luz, esperanza y alegría del cielo! (Pausa breve y transición de Federico.)

FED. ¿Conociste tú á Ricardo Ribera?

AND. Ya lo creo. Ha dejado fama en Roma de cultura exquisita y gracia sin rival. Vivió conmigo algún tiempo, y á él le debo el sobrenombre de *Il Grato*. ¡Pobre Ricardo! ¡Cuánto talento malogrado!

FED. Hace siete años que conozco á Angela, y aún no he olvidado la descripción que de ella me hizo Verás.—Imagínate una señora bella como los ángeles del cielo, rica y aderezada como sultana opulentísima; generosa hasta la prodigalidad, sensible y virtuosa, amante de las artes, de poderoso talento y ánimo constante. Esta es Angela, añadía, por otro nombre Lady Waverley, hija de padre yankee y española madre, y viuda de un italiano de Toscana, *Il Conte firentino*, antonomasia que le fué aplicada por su exaltado amor á las artes florentinas y á las glorias de su patria.

AND. Magnífica y exacta descripción.

FED. Ansié conocerla, y desde entonces no he dejado de presenciar actos como el que á tí se refiere.

AND. De *Il Conte firentino* aún se guarda fiel memoria en Florencia. Me explico que se adore á esta ciudad y que, como *Amicis*, se la llame *Sedutrice*. El buen conde, amantísimo de ella, reposa en el magnífico y original cementerio de Pisa. Allí descansa, y como los antiguos Pisanos, cubierto por tierra de Jerusalén.

FED. Es imposible que Angela fuese feliz á su lado.

AND. ¿Y por qué no? El conde valía mucho, y así lo proclama el respeto profundo que se guarda á su memoria. Artista de corazón, aún se conserva un museo suyo, rival temible para el de la *villa Borghesse*.

FED. Bien; pero era muy grande la diferencia de edad.

AND. Admito que no le amase, pero dichosa, sin duda que lo fué. Artistas italianos que allí los conocieron, lo aseguran.

FED. ¿Dichosa, sin amor?

AND. Dichosa. Se unió á él siendo niña. Halló en él ternura sin límites, talento, cultura y brioso entusiasmo. ¿Por qué no ser dichosa al lado de un hombre de corazón? El la educó, y excitó su sensibilidad hasta el grado en que hoy la vés. Con muchos hombres así, la vida sería un cielo, Federico, y es un infierno; luego hay pocos.

FED. En fin, á mí nada me importa... ¿Pero, qué diablos hacen (Vá hacia los balcones.) en el jardín? Aquí estamos hace una hora esperando su regreso, y no vuelven. ¡Cá, ni se los vé siquiera!

AND. A fé de *Andrea Gagliardo*, como dicen los italianos, *Il Grato*, gracias á Ribera, ¡que me imagino que tú quieres á Angela!

FED. ¿Qué dices?

AND. ¡Ah! *Corpo di Bacco Baccone*, ciertas eran mis sospechas, y de ellas te hubiera hablado, pero aprovecho esta ocasión para decirte que no sólo yo, sino que la niña de los ojos negros y el principiante también, se lo imaginan. Cuéntame, hombre; es de tonos tranquilos y dulces esa pasión, ó tal vez el imposible le dá al cuadro colores muy sombríos.

FED. Te burlas de mí y haces mal

AND. Hiciera mal si me burlase. Vamos, ánimo. *Palomino* decía: «No será pintor quien no sepa retocar en seco.» Así que deduciré que no la quieres, si lejos de ella no exaltas la fantasia para pintar tus amores.

FED. Andrés, ¿hablas de veras?

AND. ¿Cómo de veras?

FED. ¿Quiéres saber la verdad?

AND. *Andiamo mio caro, parla, ma veramente.*

FED. ¿Y qué te voy á decir? Que la adoro con todo mi corazón

AND. No es muy largo el discurso, pero sustancioso sí lo es.

FED. Solamente dos personas conocen esta locura mía. La madre de Carlos... entonces, en ocasión en que el alma ansiaba un confidente, y ahora tú.

AND. ¡Caramba, caramba! Pues mira, no creí que tú pudieras amar con tan briosa vehemencia.

FED. ¿Y cómo no? Antes digiste que Angela fué felíz al lado de su marido, porque éste era de gran corazón y poderoso talento. Hace siete años que la conozco, siete años hace que quiere que en sus generosas empresas sea yo principal guía y consejero, porque conozco bien dónde se albergan la miseria y el talento. ¿Cómo no amarla, si posee un corazón tan noble?

AND. ¿Y ella nada sabe?

FED. No, ni lo quiera Dios.

AND. ¿Por qué?

FED. Tengo un principalísimo defecto para amar á esa mujer á la clara luz del día.

AND. ¿Cuál?

FED. Que ya soy viejo, y además, que no tengo ni una peseta.

AND. Con ese último defecto conozco á muchos.

FED. Pero sin la buena cualidad que guardo como equivalencia. Mi altivez, que es millonaria.

AND. ¿Y supones tú, que Angela?..

FED. No supongo nada, puesto que no me quiere; pero aún queriéndome para esposo, yo no la hablaría de amores jamás.

AND. ¿Pretendes que ella?...

FED. No seas necio, que es vicio feo. No la hablaría porque no nací para *primo donno.*

AND. ¡Calla, blasfemo! ¿Vas ahora, llevado de tu altivez, á decir mal de esa mujer?

FED. No me entiendes. ¿Y la gente?

AND. ¿Qué gente ni qué embeleco? Guarda limpia tu conciencia y deja á la gente que calumnie, que ese es su oficio.

FED. ¡Ay que apurar! Parece que has olvidado nuestra vieja amistad, y quién soy yo, puesto que no há mucho me preguntaste si he conocido la miseria. Por beneficio de Angela

pronto te viste libre de tan incómodo huésped, la tuya fué corta. Pero si discurres con atención en lo que dices, ¿cómo puedo yo aspirar á esos amores? En ella misma naciera la sospecha justa y racional. ¿Es á mí, ó á mi dinero?

AND. ¿Pero ella no sabe quién eres? ¿No estima tu talento en lo mucho que vale?

FED. Gracias, hombre, gracias. Sí, logré ser autor dramático de nota. Parece que algunas gentes me respetan mucho, á pesar de la bohemia, y hasta suelen regalarme el oído llamándome *Don* Federico; pero no tengo un cuarto, creo que la pobreza, como la necedad, es vicio detestable, y á mí me domina hasta la perdición.

AND. Vaya, vaya, *il tuo amore é un piccolo vaneggiamento.*

FED. ¿Devaneo? ¿Le llamas devaneo?

AND. ¡Tú no quieres á Angela!

FED. No la quiero, tienes razón. La adoro con frenesí, con entusiasmo de loco. Es verdad, no la quiero. ¡Ea! Olvida cuanto has oido de mi boca, todo mentira y ficción.

AND. Para recomendarme la prudencia, no debes apelar al engaño.

FED. ¡Que ignore *il mio vaneggiamento!* Si lo supiera, pudiera perder la dicha de contemplarla.

AND. ¡Vaya al diantre el romanticismo!

ESCENA II

DICHOS y CARLOS

FED. ¡Hola, poeta en arroz!

CARLOS Adiós, chico. ¿No han bajado ustedes al jardín, ó han vuelto antes?

FED. No, desde la mesa nos vinimos á fumar. Ya os he presentado; ahora os encargo que seais buenos amigos.

AND. El señor Bermúdez puede creer que le profeso ya sincero afecto.

CARLOS Disponga de mí el señor Gallardo.

FED. Vamos en busca de las señoras. ¿Tú no vienes? (A Carlos.)

CARLOS No, vuelvo ahora del jardín y estoy cansado de andar.

FED. Vaya, pues, adiós.

CARLOS Adiós.

AND. (¿Qué le pasa?) (A Federico.)

FED. (La fiebre del estreno.) (A Andrés.)

ESCENA III

CARLOS solo

¡Es horrible el día que estoy pasando! ¡Qué eternidad, hasta que se alce el telón! Federico, que sobre todo bromea, dice riendo:

«¿Qué será, divinos cielos,
»este veneno cruel?..»

Tiene razón; es ponzoña cruel, pero que atrae como el abismo. ¡Ea! Animo. Yo creo que gustará. Sin embargo, el tal Miranda no entiende bien la escena con la duquesa; es frío como el hielo, y como él, sin expresión. Federico... ¿Pero por qué recuerdo á Elena cuando recuerdo á Federico? Elena es leal y Federico también. Entonces, ¿por qué siento celos? Para ser más desdichado sin haber sido nunca felíz. ¡Ah, madre mía, qué sola estás allá, en aquella pobre casita, de la que salí para ser algo en el mundo y á la que tal vez no volveré! ¡Si pudiera verte esta noche, madre mía, qué dicha tan grande! ¡Y mi padre infeliz, muerto hace un año, sin poder acudir á su lado por la cruel enfermedad que me postraba! ¡Padre de mi alma! Aquella pequeña herencia que recibiste, sirvió tan sólo para enterrarte. Pero la dueña de esta casa, á cuyos piés se vierte tanto incienso, ¿es sincera en sus aficiones? Su franco rostro, ¿no será engañosa careta? ¡Es tan difícil separar la realidad de la ficción en la comedia humana! ¿Amará á Federico? El sí, estoy seguro.

ESCENA IV

CARLOS, ELENA

ELENA — ¿Qué haces aquí?
CARLOS — ¿Qué sé yo? Nada.
ELENA — Creí que estabas con Federico.
CARLOS — (¡Siempre Federico!) Ha salido de aquí hace poco, y creo que fué en busca de ustedes.
ELENA — Pues no le he visto.
CARLOS — ¿Y lo sientes mucho?
ELENA — Sí.
CARLOS — ¿Por qué?
ELENA — Vamos, el estreno te tiene fuera de quicio. Porque Angela quiere verle.
CARLOS — ¡Ah! Angela.
ELENA — ¡Ah! (Imitando á Carlos.) ¿Te acuerdas? Hace un año que nos conocimos, y hoy estreno tu primer obra...
CARLOS — Sí. Mentira parece que se vaya á representar...
ELENA — ¿Por qué parece mentira?
CARLOS — Y aunque alcance un señalado triunfo, ¿qué logro al fin, si no puedo llamarte mía?
ELENA — Logras un reputado nombre, un poderoso entusiasmo para luchar en esta hermosa vida del arte.
CARLOS — Pero, ¿y tú.?
ELENA — ¿No eres dueño de mi albedrío?

ESCENA V

ANGELA, ELENA, LUISA, FEDERICO, CARLOS, ANDRES, GENERAL MIRANDA y GUTIERREZ

ANG. — ¡Qué perezosos son ustedes!
ELENA — Carlos está tan preocupado que dá lástima.
FED. — La fiebre del estreno. No hagas caso; el remedio para tu mal lo guarda el público.
LUISA — (A Federico.) ¿Y usted no tendria miedo?
FED. — ¿Y por qué había de tenerlo?

ANG. Con tanta franqueza he tratado á ustedes, que por bajar al jardín olvidamos el café. (Llamando.) Julián, sirve el café.

CRIADO Al instante, señora. (Vase.)

MIR. Pues yo confieso que tengo verdadero miedo.

ELENA Yo no.

MIR. Que usted no le tiene, es frase que ha de agradecer el señor Bermúdez, pero ha de permitir usted que le diga que no es generalmente cierto. El estreno á todos debe acobardarnos, porque aventuramos, así la obra de ingenio amigo, como nuestra reputación de actores.

ELENA Pues, sin embargo, no le tengo.

FED. Bien, ¡valiente!

LUISA Creo como Miranda.

FED. Siempre fuiste tímida en los estrenos. La obra, buena ó mala, han de defenderla los actores.

MIR. ¿Qué? ¿Las entrego yo?

FED. No te piques. Le doy á Luisa este consejo, porque á ella se le conoce el miedo, pero á tí no.

GUT. (A Angela.) Los verdaderos cobardes somos nosotros, ¿no es cierto, señora?

ANG. Muy mal rato he de pasar.

GEN. Y á todo esto, ustedes no paran mientes en que hacen pasar horrible tormento al pobre autor. Allí está, arrinconado, tragando miedo. (Risas.)

FED. Ven acá, hombre, ven acá Me haces recordar al don Amadeo de *Marcela*.

Y en mi tumba llorad, llorad, pastores. (Risas.)

CARLOS Aquí me tienes, burlón del demonio.

GUT. ¡Te prometo un artículo!...

CARLOS ¿Necrológico?

GUT. Hombre, pudiera ser; no tenemos comprada la vida.

FED. Lacrimoso está el poeta, y es un diantre... ¿Por qué razón?...

ELENA ¡Federico! (Llamándole desde su asiento.)

FED. ¿Qué quieres?

ELENA Venga usted.

CARLOS (¡Oh!) (Reprimido.)
ANG. (A Federico.) ¿Vendrá?
FED. Ya lo creo, y he de ir á recibirla. Antes de una hora llegará á Madrid la pobre anciana.
ANG. Le habrá usted encargado que entre en mi palco.
FED. Así se lo dije, pero no irá. Pobremente vestida, temerá tal vez disgustar con su presencia.
ANG. Ya sabe usted que no.
FED. Ya sé que estima usted más el alma que el cuerpo.
ELENA ¿Qué dijo?
FED. Es muy difícil que exprese con palabras el íntimo gozo de su alma. Ya ve usted, encerrada en aquel lugarejo, sin noticias del mundo, imaginar que verá á su hijo festejado y aplaudido como un héroe de la antigüedad.
ELENA ¡Angela mía!
ANG. ¡Tonta!
FED. La idea que va usted á llevar á cabo demuestra lo exquisito de su ternura. Traer á la madre de Carlos esta noche, es como el aroma de las hermosas acciones que usted realiza.
ANG ¿Creen ustedes que serán muy dichosos Carlos y su madre?
ELENA Tanto como tú lo deseas.
ANG. Me basta con eso. (A Federico.) ¡Ah! ¿Carlos ha notado la ausencia de usted en estos días?
FED. Ni por pienso. Para un autor no hay más mundo que su obra. (Separándose Federico y volviendo al grupo de los hombres.)
AND. (A Angela.) Señora, con Federico he recordado, no hace mucho, los tiempos de mis desgracias.
ANG. Mal hecho.
AND. Y hemos bendecido las bondades de usted.
ANG. Por Dios, Andrés, no hablemos de eso, y sí de sus cuadros.
AND. Mis pobres cuadros no existirían si usted no aparece en mi camino.
ANG. Le prohibo á usted que me recuerde ninguna de esas tonterías.

GEN. Déjele usted que recuerde; si la alabanza le disgusta, piense usted en que la gratitud ennoblece á quien la siente.

ANG. Bien, General Pero, señor Bermúdez, ¿es posible que así se deje usted dominar por la preocupación?

CARLOS Con la ingenuidad del niño, confesaré que estoy aturdido.

FED. ¿Por qué?

CARLOS ¿Por qué, preguntas?

FED. Piensa en que la obra la concebiste en toda la lucidez de tu inteligencia, y que si entonces te pareció buena, no debes hacer hincapié en que la natural emoción te la presente hoy como detestable.

AND. Experiencia de maestro.

FED. ¡Experiencia y nada más, pinta monas!

CARLOS Te agradezco ese consuelo; pero sin embargo, no há muchos días me aconsejabas que estudiase algo, que por mala estructura obscurece el fin á que tiende la obra, y que la pone en peligro.

FED. ¡Mala estructura!... ¡Ah! si, la forma de tu letra, que es infame.

TODOS ¡Já! ¡já! .. (Rierdo)

FED. ¡Que no es broma! Si no escribe la carpeta mi amigo Valliciergo, que, como sabéis, es insigne calígrafo, no admiten la obra en el teatro. (Risas.)

CARLOS ¿Quiéres hablar con formalidad?

FED. Formalmente; es un drama de primer orden.

CARLOS ¿No crees que el caracter de la Duquesa parezca falso?

FED. ¿Por qué?

CARLOS Aquella mujer resulta tonta tal vez

FÉD. Te engañas de medio á medio. El caracter está muy bien sentido. Aquella señora vino á España desde la corte de Luis XV. Tiene toda la coquetería francesa de la época, pero al par toda su cultura. En esto consiste lo complejo del personaje, y en ella reside la obscuridad de que hablas.

CARLOS Pero aquel entusiasmo...

FED. Aquel entusiasmo, por lo bello, es una aspi-

ración de tu alma: clamas por ella con brioso acento y te aplaudo. ¿Que hace la Duquesa de Altora? Que halla el talento y ella misma lo empuja á derribar falsos ídolos encumbrados por artes engañosas; que por ella salen á luz labores intelectuales que antes beneficiaba el tratante de blancos, explotador de la miseria y el talento humanos; que funda escuelas, centros instructivos, y que reconstruye monumentos nacionales. Esto hace. Y á fé que no eran precisos el peluquín y la casaca para hacer real á este personaje hermoso. No pueden tacharte de soñador. Copiaste á la dueña de esta casa.

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo! (Aplaudiendo.)

ANG. ¡Señor Cetina, si merezco alabanza, que esta sea muda.

CARLOS Pero el caracter es teatral.

GUT. Todo lo bien hecho, es teatral.

CARLOS Eso es una paradoja...

GUT. ¿Qué ha de serlo?

FED. ¿Slylock es personaje teatral?

GUT. Eso es; la antitésis del otro.

AND. Un avariento miserable.

CARLOS ¿Pero es teatral?

FED. Pues no ha de serlo.

GUT. ¿No es un caracter monstruoso, poco ó nada corriente en la actualidad?

FED. ¿Qué es lo que hace?

GUT. Reclamar su dinero... ó un pedazo de carne del deudor.

CARLOS No me convencéis.

MIR. Ese caracter puede ser tan extraño como su obra de usted.

FED. Aquel, infame.

MIR. Este, angelical.

FED. Aquella inmensa obra tiene su finalidad, porque se ven de cuerpo entero la avaricia y crueldad de los hombres. La tuya la tiene, porque asimismo alcanzan gran relieve las virtudes y encantos de una mujer.

MIR. El asunto es saber si está bien desarrollado el pensamiento.

GUT. De modo admirable.

CARLOS ¿Tú qué has de decir?

ANG. A mí me enamora. Y el principal atractivo que tiene, es la delicadeza del sentimiento que lo anima ..

CARLOS ¡Señora!...

ANG. La sencillez con que camina. Lo noble de la factura, como diría Andrés.

GUT. Aquel viejo malvado, es un caracter vigorosamente hecho.

MIR. Y de una inmensa dificultad. ¡Cómo aborrece á la Duquesa, que conoce su secreto!

GEN. ¡Qué bien imaginada la influencia de esta señora en el corazón de Eugenia!

ANG. ¡Oh! Eugenia es un modelo de amor filial; hace perfecta labor con el caracter de Antigona.

GUT. Pero, sobre todo, no olvidemos...

MIR. La escena del relato. ¡Magnífica!...

ANG. ¡Qué bien persigue y logra al fin, el arrepentimiento de su padre, refiriéndole, como leídos en libro de pasatiempo, los mismos delitos que aquel cometió, y maldice de ellos, y el secreto que el infame ocultaba aparece, para castigo suyo, en los labios de su hija.

GUT. Ya lo creo.

AND. (A Gutiérrez.) Pero la *Duquesa de Altora* ¿qué intervención tiene?... (Hablan bajo.)

MIR. (Mirando el reloj.) ¡Caramba, qué tarde es ya! y he de irme pronto al teatro. (A Carlos.) ¡Animo, poeta novel!

FED. (A Miranda.) ¿Tanto tardas en disfrazarte de viejo malo?

MIR. La noche del estreno se debe ir más temprano, que es siempre más difícil caracterizarse.

AND. (Que está hablando con Gutiérrez.) Sí, sí, hermoso carácter y atrevido.

ELENA (¡Ay, Angela! ¡Qué angustia tan horrible!)

ANG. (Serás dichosa.)

ELENA (¿De veras?)

ANG. (Tan de veras, como soy muy infeliz.)

ELENA (¡Angela!)

LUISA ¿Y nosotras, nos vamos ya?

ELENA Sí, cuando quieras.

ANG. Esperad un momento; el tiempo preciso para que os pongan un carruaje...

MIR. Señora... agradezco infinito su invitación de hoy.

ANG. (¿Qué espera usted?)

MIR. (Espero un éxito.)

ANG. (¡Gracias, Miranda, muchas gracias!)

AND. Á los piés de usted, Angela. (Saludando.) ¿Señoritas?...

GEN. Elenita, actriz sin rival. (Saludando.)

ELENA Ya veremos, amigo mío. (Todos saludan, incluso Carlos, que también se dispone para salir.)

FED. ¿Y á dónde dirigimos nuestros veloces pasos?

CARLOS Á cualquier parte.

FED. Ya, ya te irás haciendo á esta vida cómoda y simpática. Te empeñaste en escribir para el teatro; si te aplauden, eres hombre al agua, ya no lo dejas jamás. Después te silbarán, que nadie se vá sin su bautismo de pitos, pero al escuchar su armonía, oirás sin embargo los vítores de otros días y otros casos.

MIR. Vamos, Federico.

FED. Ya voy. (Se despide.) (Adiós Angela. Quiera Dios que esta noche alcance usted un nuevo triunfo.)

ANG. (¡No olvide usted que debe ir á esperar á doña Isabel!)

FED. No, no lo olvido. Á estos les doy esquinazo.

MIR. ¡Federico!

FED. Ya voy, hombre. Adiós, niñas.

ELENA
LUIS } ¡Adiós!

FED. Estoy á tu disposición. Andando, á vertirse. (Como hablando con un público imaginario.) La obra que hemos tenido el honor de representar, es original del señor don Carlos Bermúdez.

TODOS (Aplaudiendo.) ¡Que salga! ¡que salga!

CARLOS ¿Os habéis vuelto locos?

FED. Dáme un abrazo, y alégrate conmigo.

CARLOS ¡Ojalá pudiese!

FED. Vamos, vamos en busca del aplauso y de la gloria. (Salen todos aplaudiendo, pero sin olvidar la casa en que se hallan.)

ESCENA VI

ANGELA, ELENA y LUISA

LUISA (Que seguirá riendo á los que salen de escena y desde la puerta del foro y sin salir dirá.) ¡Qué caracter! ¡parece un niño!

ELENA (¿Amas mucho á Federico?)

ANG. (Sí, pero soy rica y él pobre. ¡Nunca me hablará de amor!)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa el cuarto de una actriz, el de Elena; por lo tanto, debe tener un saloncillo con espejos, sillas y flores, etc., que ocupará todo el primer término.—Este saloncillo, y como propiedad escénica, ha de estar separado del cuarto de la actriz por grandes puertas ó cortinas, que estarán abiertas ó levantadas, viéndose el tocador, armario de luna, sofá y sillas, etc., todo lo que corresponde, en fin, al lugar que representa.—Este cuarto ocupará todo el segundo término ó parte de él.—A la derecha del actor, puerta que da al escenario del imaginario teatro.

ESCENA PRIMERA

AMALIA, LUISA, á poco FEDERICO

LUISA ¡Qué horror! Parece mentira.

AMAL. ¡Pobre señor Bermúdez!

LUISA ¡Ay, Dios mío, la escena que tengo yo en el acto tercero!

AMAL. Pero, ¿cuándo acaba este? (Estas frases las dirá á la puerta del cuarto, oyendo las protestas del imaginario público. Por esta puerta aparece Federico, y dice:)

FED. ¿Qué os parece, niñas?

LUISA ¡Que estoy muertecita de miedo!

FED. ¡Ya escampa! Elena hace verdaderas maravillas, pero el público está de malas. Hace muchos años que escribo comedias, y con todo, se me ha olvidado el oficio, puesto que

sin ser el padre de la criatura, me parece que...

LUISA — Ya acaba el acto. ¡Gracias á Dios! (Marmullos lejanos y ruido, que anuncian que acaba el acto.)

ESCENA II

DICHOS, ELENA, ACTORES, LUIS y ABONADOS

ELENA — ¡Jesús, Jesús, qué noche tan horrible!

FED. — Vamos, ánimo. Me imagino tu dolor, lo siento tal vez, pero hay que salvar la obra y tú vas á salvarla.

ELENA — ¿Yo?... (Entran los actores disfrazados con los trajes de la comedia que se representa.)

ACT. 1.º — ¡Vaya un publiquito!

ACT. 2.º — En esta escena creí que moríamos todos.

ACT. 3.º — Y la escena es hermosa.

FED. — ¿Ha habido equivocación ó embrollo?

ACT. 1.º — Ha salido limpia y clara, sin el menor roce.

ELENA — ¿Y Bermúdez?

ACT. 3.º — ¿Qué sé yo? El pobre, más muerto que vivo, me preguntó por usted.

FED. — Voy á verle. (A Elena.) Pronto vuelvo. (Al salir tropieza con los Abonados y Luis.)

LUIS — ¿A dónde vas?

FED. — Soy contigo.

ABONADOS — ¡Elenita!... (Saludándola.)

ABON. 1.º — ¡Qué lástima de trabajo!

ABON. 2.º — ¿Anda por aquí el autor?

ELENA — No; puede usted decir cuanto quiera.

LUIS — Se empeña usted en sacar á flote lo que no es cuerpo flotante.

ABON. 1.º — ¿Parece que le importa á usted mucho el éxito de la obra?

ELENA — Cierto que me importa mucho el de ésta y el de todas.

ACT. 1.º — El mismo interés nos une. El autor necesita de nosotros, nosotros del autor.

LUIS — Pues, mire usted: yo estimaba... por ejemplo...

ELENA — Usted no estimaba bien.

FED. (Entrando.) ¡Por fin le hallé!

ELENA ¿Qué hace? (Hablan bajo. Los Abonados se retiran á otro lado de la escena, y siguen hablando.)

LUIS ¿Habéis visto jamás un disparate mayor? Cuidado que resulta... y demás...

ABON. 1.º ¡Cetina!

ABON. 3.º Federico, oye una palabra.

FED. Espera un momento.

LUIS ¿Es Cetina amigo del autor?

ABON. 2.º Por tal le tengo.

LUIS ¡Qué lástima!

ABON. 1.º Bermúdez es mozo de provecho. La obra es excelente... pero los actores...

ABON. 2.º No, no, no estamos conformes. Los actores hacen cuanto pueden: lo que hay es que no pueden mucho. (Risas de los Abonados.)

LUIS Vea usted lo que es estimar... por ejemplo...

FED. Vamos... (Viniendo hacia los Abonados.) ¿Qué queréis, Aristarcos?

LUIS Díme, ¿qué te parece la obra?

FED. ¿A mí?

LUIS Sí, á tí.

FED. Pero, hombre, si la he presentado yo.

LUIS ¿Es tuya?

FED. No, pero tengo el mismo interés que por una mía.

LUIS Pues, aun no siendo tuya... y demás, es claro, resulta que se dice: Federico ha andado en el negocio.

FED. ¿En qué negocio?

LUIS Hay situaciones que dicen á gritos: Federico Cetina... por ejemplo...

FED. ¿Por buenas ó por malas?

LUIS Por buenas, chico; las estimo buenas y demás...

FED. Pues siendo buenas y demás, según las estimas tú, son de Carlos Bermúdez.

ESCENA III

DICHOS, GUTIÉRREZ y el GENERAL

GUT. Vengo á dar á usted mi más cumplida enhorabuena. (A Elena.)

GEN. ¡Hermosísima Elena!

ELENA Señores, tantas gracias.

FED. ¡General!... ¡Gutiérrez!...

GEN. ¡Poeta insigne! (A Federico.)

GUT. Adiós, chico. Dile á Bermúdez, á quien no he visto, que su obra es hermosa, y así lo publicare mañana en el periódico.

GEN. El público, y no sé por qué, no ha entendido el drama. Pero, Cetina, ¿y esta Teodora Lamadrid? ¿Ha visto usted alguna vez labor más delicada?

ELENA No diga usted eso; es imposible que yo esté bien al ver la hostilidad del público.

GEN. No, señora; la modestia de usted es excesiva. La obra es bellísima.

ELENA Pues con todo, la obra morirá.

GUT. O no.

ELENA Ya es tarde para milagros.

FED. Si te oyese Angela, ¿qué diría?

ELENA Tendría compasión de mí. (Entra Cuadernillo con el ejemplar que de la obra llevan los traspuntes y un velampo encendido.)

CUAD. ¿Doña Elena, quiere usted ver el teatro?

ELENA ¿Han puesto bien el pabellón por el cual he de salir?

CUAD. Sí, señora. Creo que no he olvidado nada, aunque estoy muy aturdido. Mire usted que la cosa va de veras.

FED. ¿Has visto á Bermúdez? (A Cuadernillo.)

CUAD. Está en el cuarto del señor Miranda.

FED. Dile que venga.

CUAD. Creo que está descargando el tercer acto.

ELENA No, por Dios, Federico; quiero que se diga todo.

GEN. Así me gusta.

CUAD. El señor Cano y el señor Zapata, andan tras de que no quite nada.

GUT. Bien por Leopoldo y por Marcos.
FED. Dile á don Carlos que baje en seguida, que le llama doña Elena.
ELENA ¿Y á qué cortar el acto?
LUIS Me parece que esto se enreda y demás... (Aparte á los Abonados)
ABON. 2.º Vamos á decirlo por ahí.
AMAL. ¡Señorita! (Entrando rápidamente.) Doña Angela viene á ver á usted.

ESCENA IV

DICHOS, ANGELA y ANDRÉS

ANG. ¡Un abrazo, hija mía! ¡Cuánto talento tienes! ¡Señores!
FED. Cuánto me halaga ver á usted aquí, señora.
LUIS (Al Abonado 1.º) Preséntame.
ABON. 3.º Vaya una mujer de veras.
ABON. 2.º De primera magnitud.
LUIS Es la misma Venus aquella, que no tiene brazos... pero con brazos. (Han hablado entre ellos.)
ELENA (A Angela con quien ha hablado bajo.) Un fracaso, imposible de prever.
LUIS (Al Abonado 1.º) Preséntame.
ANG. Que obra tan hermosa. El acto que falta por fuerza que ha de ser un doble triunfo. Ten fe en tu inspiración.
ABON. 1.º Lady Waverley; tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo el señor don Luis Trujillo.
LUIS Tengo mucho gusto en ponerme á las órdenes de usted y demás...
FED. (De ménos te pondría yo.)
LUIS Pero qué obra, señora, qué obra.
ELENA Antes estimaba usted lo contrario.
LUIS Por Dios, Elenita, no diga usted eso. A mí el drama me asombra. Estimo, por ejemplo, y demás... que sólo la *transacción* del primer acto...
FED. Tú transiges con todo y demás.

LUIS — No, no transijo con lo malo; te aseguro que el temor que tienen todos ustedes y el asombro y demás, se funda en una *frutesa.*

FED. — Sin erre.

LUIS — ¿Cómo sin erre?

FED. — Que le sobra.

LUIS — ¿Pero el qué y á quién?

FED. — Eres un matutero del idioma.

LUIS — ¿He dicho algún disparate?

FED. — Pchst. Una *frutesa* sin importancia alguna.

LUIS — Me habías puesto en cuidado. Sí, Elenita, el drama es de un poeta *exiguo.*

FED. — ¡Eximio!

LUIS — Bien, eximio; lo mismo da.

FED. — Sobre poco más ó menos.

ABON. 2.º — (A sus amigos.) Pero este condenado, ¿por qué habla tanto y tan mal?

ABON. 1.º — Pues lo mejor que tiene es la conversación.

AND. — Siento que (Impidiendo que siga hablando Luis.) no esté Carlos, porque le daría un abrázo.

ANG. — Miranda ha realizado verdaderos prodigios. Sobre todo es un artista que tiene el raro privilegio de saber escuchar á su interlocutor.

ELENA — Y qué bien siente la escena de la lectura. Sus transiciones, los apartes, el gesto, todo cuanto hace es de un gran actor.

LUIS — Y qué papel tan antipático. Miranda, con efecto, está admirable. Es ver á aquel viejo malvado, más canalla que Matusalén.

FED. — Querido Luis, mira que Matusalén tuvo fama de viejo, pero no de canalla.

LUIS — Pero es que todos los viejos endémicos que conocemos, cuando no son viejos...

FED. — Son jóvenes.

LUIS — No; he querido decir que cuando no son malvados...

FED. — Sí, son hombres de bien. Lo mismo les sucede á todos los jóvenes epidémicos que conozco.

ABON. 2.º — Conque, vámonos, Luis. Daremos una vuelta por la sala.

LUIS — Sí, vámonos. (Ya estoy aturdido.) Señora, *toujours de mon cœur*. A los pies de ustedes.

FED. — Adiós, Luisillo.

ABON. 1.º (Anda. ¡Cuando yo vuelva á presentarte á nadie!)

LUIS (Pues, qué, ¿he dicho alguna *contrariedad?*)

ABON. 1.º (No, friolera.)

LUIS (*Post nubilus Phebo.*)

ABON. 2.º (Está desatentado.)

LUIS En cambio no os quejaréis de mi despedida *bilingüi.* (Risas de los Abonados.)

ABON. 1.º Anda, *bilingüi.* (Salen de escena.)

ESCENA V

ANGELA, ELENA, GENERAL, ANDRÉS, GUTIÉRREZ, FEDERICO y CUADERNILLO

AND. Pues, señor, este mozo no tiene atadero...

FED. Es un tipo original.

ANG. ¿Pero ha estudiado algo ese joven?

FED. Si no ha aprendido á hablar todavía...

CUAD. (Entrando.) Ya se ha convencido el señor Bermúdez. El acto queda como estaba. Don José, lo mismo que el señor Cano y el señor Zapata, han cumplido como buenos. ¡Pero qué cabeza más dura! ¡y dale con que había de cortar!

ANG. El amor propio mortificado.

FED. ¿Vendrá aquí?

CUAD. Sí, señor, en seguida.

FED. Mira que el entreacto va siendo largo.

CUAD. Se está vistiendo la señora González y aún tardará un ratito. (Vase.)

ANG. (A Federico.) ¿No habrá usted visto á la madre de Carlos?

FED. No, señora; la dejé en su asiento al empezar.

ANG. ¡Pobre anciana!

FED. Ya verá usted cómo alcanzamos ahora una gran victoria. (Hablando bajo.)

GUT. (A Elena.) Y además un sainete de don Ramón de la Cruz.

ELENA Sí. *Las Castañeras picadas.* Ya adivinará usted que después de esta derrota he de trabajar con gran esfuerzo.

GUT. Es vida muy pícara la de ustedes.

ELENA No lo sabe usted bien.

ESCENA VI

DICHOS, CARLOS y CUADERNILLO

FED. ¡Carlillos!
ANG. Amigo mío. A pesar de todo, reciba usted mi enhorabuena.
CARLOS Gracias, señora, pero la obra ¡ha muerto!
GEN. Ya lo veremos.
CARLOS Por visto.
GUT. Estoy de tu bando, y mañana lo diré.
GEN. ¿Y no fía usted en el talento de esta criatura?
CARLOS Es ella únicamente fío.
CUAD. (Entrando.) ¿Puedo empezar?
ELENA ¡Sí!
CUAD. Usted no tiene nada hasta la mitad del acto.
ELENA Ya lo sé. Empiece usted en seguida.
CUAD. Volando. ¡Fuera de escena! (Esta voz la dará en la puerta del cuarto al salir.)
ANG. General, acompáñeme usted. Adiós. Elena de mi alma. Carlos, adiós y confianza.
CUAD. (Dentro y lejos.) ¡Fuera de escena!
AND. Señores, vamos con ustedes.
FED. / ELENA } Adiós.
ANG. ¡Confianza! (A Carlos.)
CARLOS A los piés de usted.

ESCENA VII

FEDERICO, ELENA y CARLOS.

ELENA ¿Ha empezado ya?
CARLOS (Yendo á la puerta.) Aún no.
FED. (A la puerta.) ¡Cuadernillo!
CARLOS ¿A qué llamas?
FED. Para saber qué ocurre.
ELENA (A Amalia.) Ten cuidado de no olvidar el manto para el final.
AMAL. Qué se me ha de olvidar; ¡buena está la Magdalena!

ELENA Arréglame un poco esta falda. Dame agua de azahar.

(Se presenta en la puerta Cuadernillo.)

FED. ¿Por qué no está arriba el telón?

CUAD. Se ha puesto malo Eugenio.

FED. (A Carlos.) Las plagas de Egipto. ¿Y quién va á la concha?

CUAD. El mismo. Al pobre le ha dado un vahído; lleva muchos ensayos, y no anda bueno.

ELENA (Todo en contra, todo.)

FED. (¡Válgame Dios!) Voy á ver. (Vase.)

AMAL. Pobre Eugenio. (Vase.)

ESCENA VIII

ELENA y CARLOS

ELENA ¿Por qué pretendías cortar el tercer acto?

CARLOS Lo encuentro detestable.

ELENA ¡No digas eso donde yo pueda oirlo!

CARLOS ¿Tan bueno te parece?

ELENA Quiero decirlo todo.

CARLOS Para que la agonía sea más larga; gracias.

ELENA Calla, me insultas y haces mal.

CARLOS Dime; ¿me amarás desgraciado, cuanto feliz me habías de amar?

ELENA ¡Más!

CARLOS Repítelo.

ELENA Más, infinitamente más.

CUAD. (Dentro.) ¡Fuera! ¡Arriba!

ELENA Ya comienza el acto. Déjame que piense en luchar y vencer.

CARLOS ¡Luchar... imposible!

ELENA Luchar y vencer. Véte.

ESCENA IX

ELENA (Sola)

ELENA Carlos, Carlos, ¿quién merece mas compasión en este intante? Yo, que no tengo confianza en mis fuerzas para salvar tu obra.

¡Ah! no es hora de vacilar ni de temer. Federico dice que yo he de logar el éxito y así debe ser, cuando él lo asegura. A luchar y vencer.

ESCENA X

ELENA y FEDERICO

FED. (Entrando.) Aún podemos disponer de un cuarto de hora. Escucha algo que tengo que decirte sobre la escena con Miranda, y el caracter general de tu papel durante el acto. Ya sabes quién es la Duquesa de Altora; una mujer de gran talento y corazón. Mucha seguridad en la palabra, pronunciar claro y despacio, sin gritar, quedo más bien, que la verdadera indignación ahoga la voz. No hay frase que sobre, si se dice bien, y todas sentidas ahondan por fin en el caracter del padre de Eugenia. El personaje que representas se propone la redención de aquel hombre, y ahí reside el secreto de la creación de este bellísimo caracter, en la poesía singular que tiene, y en lo difícil de expresarla, para que el público la sienta y en ella se recrée y conmueva. (Se dirige á la puerta y escucha.) Parece que están más tranquilos. Amén. ¿Falta mucho para tu salida?

ELENA (Escuchando desde la puerta.) Aún falta. De manera que la escena debe ser muy movida. Escuchar...

FED. Escuchar bien. Que toda palabra del viejo llegue á tu oido, sintiéndola luego en el corazón.

ELENA Escuchar con altivez sus cobardes amenazas, ¿no es eso?

FED. Y mujer al fin, huir ante el asesino, pero sin que el espanto tenga la ridiculez del miedo vulgar, sino el natural temor y el coraje de la humillación. (Suena un prolongado aplauso.)

ELENA ¿Es un aplauso? (Con regocijo.)

FED. Sí. (Id.)

ELENA ¡Dios mío! (Corriendo á la puerta.)

FED. Sí, mujer, sí.

ELENA Escuche usted cómo dice Miranda.

FED. (Escuchando.) Bien. (Aprobando.) Estaba ciego de ira y ahora aprieta de veras. (Escuchando.) ¡Bravo!...

ELENA No aplauden.

FED. No.

ELENA ¿Oye usted? (Escuchando.)

FED. ¡Ah! cuando quiere, nadie puede con él. ¡¡Ah!! portentoso, como decía Ribera. (Otro aplauso.)

ELENA ¡Ah!...

FED. Ya son nuestros. ¡A ellos! Ahora tú. ¿Lo ves? ¿Lo ves?

ELENA Ay, qué alegría tan grande. (Vacilante.)

FED. ¿Qué es eso, flaqueza ahora? ¡Ahora, valor!

ELENA Sí, sí, lo tengo, pero el regocijo inesperado... ¡Ay, Carlos!...

FED. ¿Y crees que no lo siento yo también? Mira mis lágrimas de alegría. Os merecéis el uno al otro. A él le quiero como á un hermano y á tí como á una hija. ¡Ea, ea, valor! Vamos, esas lágrimas. ¡Conque á trabajar con entusiasmo! ¡Que Dios te bendiga, hija mía! (La estrécha con un abrazo y besa su frente.)

ESCENA XI

DICHOS: CARLOS

CARLOS ¡¿Qué?! (Se detiene vivamente emocionado y hace gran violencia sobre si para dominar su furor.)

ELENA ¡Carlos! (Emocionada.)

CARLOS ¡Miserables!

FED. ¿Qué dices?

CARLOS ¡Que eres un miserable!

FED. Hombre, ¿por qué?

ELENA ¿Estás loco?

FED. Pero, ¿qué pasa? ¡Ah! (Adivinando.)

ELENA ¡Mereces compasión!

CARLOS ¿Compasión de usted, señorita?

FED. ¿De modo que tú supones?...

CARLOS (Muy conmovido.) No supongo, Federico... no supongo. Sólo te diré que la herida ha sido muy honda y que jamás se curará.

ELENA (Indignada.) Federico, tal vez quiera justificar su conducta. Yo, no necesiio, no quiero defensa alguna de mi honor. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

CARLOS Ninguno de vosotros ignora mi caracter violento. La duda há tiempo que vivía en mi corazon. Brilla en mi desconsuelo una luz, un aplauso, que miente esperanzas dulcísimas y muestra horribles desencantos: que me lleva á buscaros para inundar vuestras almas con el goce inefable de la esperanza mía, y sólo me trae á contemplar la más cobarde traición!

FED. (Cerrando la puerta.) Habla bajo, que no quiero que el veneno de tus palabras llegue al corazón de los demás.

CARLOS Vive tranquilo. Nadie sabra por mí la noble hazaña del amor y la amistad.

FED. Y dále, y vuelta y machaca con las... tonterías, que no tienen piés ni cabeza.

ELENA ¿Quiere decir, que mi honra está á merced de la bondad y prudencia de usted? ¡Infame!

FED. Tú no quieres defenderte y haces bien; pero yo debo mirar por tu limpia fama y justificar mi conducta.

CARLOS No es ocasión.

FED. Para lo bueno siempre es ocasión propicia. ¿Es posible que puedas dudar de Elena, que puedas dudar de mí?

CARLOS No quiero argumentar, quiero reparación.

FED. ¿Eso más? Vamos, parece como juego de tramoya, propio del sitio en que estamos. Ven acá. ¡Has visto que Elena estaba en mis brazos y que mis labios rozaban su frente! ¡Sarcasmo de la apariencia, en que debes reflexionar! Al oir el primer aplauso sentimos ambos algo como la gloria dentro del pecho, y en extremo conmovida, tuve que sostener su vacilante cuerpo. Piensa en

que la conocí cuando, de cortos años aún, empezaba su carrera y, en que yo la ensayé la primer comedia que representó. En que mis consejos la han guiado siempre como actriz eminente. En que te ama.

CARLOS ¿A mí?

FED. Sí, á tí, con toda su alma. ¿No son títulos bastantes para que la quiera como á hija? ¿Para que me conmueva vuestra ventura?

ELENA ¿Y no crees lo que dice Federico?

CARLOS No.

ELENA Entonces, ¿qué eres capaz de creer?

CARLOS La realidad. Por eso antes dudaba; por eso afirmo ahora que sois traidores los dos.

FED. Los celos te ciegan.

CARLOS Los celos me han hecho ver tu falsía.

FED. ¡Reflexiona!

CARLOS Reflexione el culpable ó el cobarde.

FED. ¡Carlos!

ELENA (Interponiéndose.) Te ruego encarecidamente que salgas de aquí.

CARLOS ¿Qué temes?

FED. No, Elena. Yo daré la prueba de cordura. Yo debo darla.

CARLOS ¿Salir tú de aquí? El arrojado soy yo. Quédate y disfrutad de vuestro amor. Más tarde nos entenderemos, ¿no es cierto? ¡Ah! y da otra prueba de cordura, impidiendo que llegue tanto escándalo á los oidos de esa mujer llena de ridículo prestigio, que se llama Lady Waverley.

FED. ¡Tú, tú eres el miserable!

CAR. Vamos, dí en el blanco.

ELENA ¡Carlos, por favor!

FED. Calumnias con el deliberado propósito de irritarme y no sabes lo que dices.

CAR. Sé que os amáis.

FED. ¡Mientes!

ELENA Callad: viene gente. (Durante la escena y en los momentos que lo reclama el diálogo principalmente, Elena correrá todo el teatro, asegurándose de que nadie puede oír lo que se dice.)

CUAD. (Dando golpes en la puerta.) Vamos, Elenita.

AND. (Abriendo la puerta y en perfecta serenidad.) Está-

bamos ensayando; más á punto, ni con compás.

Cuad. Señor Bermúdez, esto cambia de aspecto. Parecen más humanos.

Fed. (A Elena.) Vé tranquila, te juro que no olvidaré lo que mereces. Anda, Cuadernillo.

Cuad. ¡Qué nerviosa está usted! Por el foro izquierda es la salida. Allí aguardo. (Vase.)

Elena (Bebe agua y trata de tranquilizarse. De vez en cuando lanza un sollozo.) Adiós, Federico.

Fed. Eres muy infeliz, mucho, pero eres inocente. ¿Qué más consuelo?

ESCENA XII

CARLOS y FEDERICO, que intenta salir y Carlos le detiene

Car. ¿A dónde vas?

Fed. Huyo de tí.

Car. ¿Me temes?

Fed. (Vacilante.) Sí.

Car. ¿Por qué?

Fed. Porque antes de lanzar palabras cuyo alcance es dificil prever, debiste pensarlas bien.

Car. No intento escusarme; respondo de ellas en todos los terrenos.

Fed. ¿No tratas de escusarte?

Car. No; y ahora, adiós. Ya nos veremos.

Fed. No, no puedes irte sin oír algo que debes, por atención á la paciencia conque te he escuchado. No en vano me respetas.

Car. ¿Yo?

Fed. Sí, que el respeto en el hombre es la última trinchera que asalta la desvergüenza.

Car. ¡Puede terminar mi paciencia!

Fed. Y entonces comenzarás de nuevo á tenerla, que buena falta te hace. Ahora sólo quiero preguntarte, ¿en qué fundas tus celos? ¿En qué la calumnia, por lo tanto, contra dos pobres mujeres, en qué el olvido y la injuria á la amistad?

Car. ¿En qué preguntas? ¿No ha tenido siempre para tí atenciones y recuerdos que manifies-

tan lo fino de su afecto? ¿Deja de pronunciar tu nombre? ¿No la he visto en tus brazos? ¿No os contemplábais ambos con arrobamiento indefinible?

FED. ¿Pero es de veras? Bueno, ¿y la otra?

CAR. ¿No la amas? ¿No he sorprendido tus miradas de amor? ¿No te corresponde ella?

FED. ¿A mí? (Con alegría.)

CAR. No lo puedes negar. Tu rostro ha dicho claramente que sí.

FED. Habla bajo, muy bajo. ¿Y no ha dicho mi rostro que Elena es pura? ¿No lo dice á gritos la sublime indignación que ha sentido?

CAR. ¡Ficción!

FED. ¿Esto es ficción y lo otro no?

CAR. Puede que nó.

FED. Dime, ¿y concibes tú, que una mujer como Elena, oculte falsía dentro del corazón? ¿Puedes imaginar que Lady Waverley ame á un pobre poeta, y quiera elevarle hasta ella?

CAR. ¿Y concibes tú cuántos horrores, traiciones, infamias y cobardías oculta la ruín naturaleza del hombre? ¡Digo, tú sí puedes comprenderlo!

FED. ¡Yo! ¿Por qué? Pero habla bajo.

CAR. Porque eres culpable de inconcebible traición! (Oyese un atronador aplauso.) ¿Qué? ¿Qué es eso?

FED. Que aplaude el público tu obra; que Elena la salva, en tanto que tú salpicas de lodo su honrado nombre.

CAR. Calla. (Oyese otro aplauso y voces del público.)

FED. Otro aplauso, voces de entusiasmo, ¿las oyes? No es cierto que parecen decir: «¡Mal caballero!»

CAR. (Intenta arrojarse sobre Federico, pero éste le contiene por el brazo.) ¡He ahí, mi respuesta!

FED. ¡Silencio!

CUAD. (Entrando.) ¡Martinez!

FED. No está aquí. (En transición.)

CUAD. ¿Dónde diablos se ha metido este hombre?

FED. ¿Y qué tal vá la representación?

CUAD. Arriba. Si vale doña Elena más pesetas. . (Aplausos prolongados.) ¿Eh? ¿Qué tal? Por supuesto que va á quedarse parada la escena si ese condenado...

FED. Mira no esté en su sitio.

CUAD. ¡Martínez! (Vase)

FED. Has hecho imposible toda reconciliación... (Cogiéndole del brazo)

CAR. ¡Eso andaba buscando, suelta!

FED. ¿Andabas buscando más infamias para tí? ¡Por Dios que has tenido extremada habilidad para encontrarla! Yo por mucho tiempo he sido para tí hermano cariñoso. Yo te habrí las puertas de la noble profesión que es mi orgullo, yo te animé, yo te enseñé secretos de este dificilísimo arte, y en mí has visto siempre altivez, nobleza, alabanza para el bien y desprecio para el mal. ¿Y sin embargo yo soy capaz de tan miserable acción? ¿Que amo á Lady Waverley? ¡Sí, con toda mi alma!

CAR. Nada nuevo me dices.

FED. Supones que corresponde á mi amor, y lo supones con índole perversa, porque en esa palabra quieres expresar la correspondencia impura de la mujer galante

CARLOS Además es muy rica. Acaso te convenga ser su esposo.

FED. ¡Esposo de Angela y amante de Elena .. ¿Pero tú has sido hombre de bien alguna vez?

CARLOS ¿Y has sentido tú el tormento de los celos alguna vez?

FED. Pues ten entendido que Angela... ¡No, no .. no quiero hablar! Es forzoso que la respetes por ella misma...

AMAL. ¡Ay, qué aplausos para mi señorita (Entrando) y qué gritos de entusiasmo! Que sea enhorabuena, don Carlos. ¡Ah! El manto para el final. (Otro fortísimo aplauso.) Ahora sale de escena; voy corriendo. ¡Pero qué pálida está! Vengan ustedes. (Vase.)

FED. Parece que todo es un reproche á tu conducta; hasta las palabras de esa pobre criatura.

CARLOS Acabemos; te enviaré dos amigos.

FED. ¿De dónde los has sacado? Dos amigos tuyos por serlo míos, ya es otra cosa.

CARLOS (Conteniéndose y fingiendo reir.) ¡Já, já! ¡Cuidado que esta noche estás mordaz! (Toda esta escena debe hacerse dándole caracter local, por decir así; movimiento en las figuras, sentarse, levantarse, ir á la puerta, escuchar la figurada representación, volver al proscenio y cuidar siempre de expresar el temor de que sus palabras lleguen á oídos extraños.)

ESCENA XIII

DICHOS, ABONADOS, ACTORES y á su tiempo ELENA

ACTORES / ABONADOS (Entrando y aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo!

FED. ¡Triunfo completo!

ABON. 2.º ¡Asombroso!

ABON. 3.º ¡Pero qué drama! No hemos visto el final, para ser los primeros en abrazar á usted.

ABON. 2.º (Esto le mortificará á Cetina, pero qué remedio.) (Al Abonado 3.º)

ACT. 1.º Ya va á terminar. Atiendan ustedes. (Todos se apiñan á la puerta del cuarto.)

FED. ¡Cómo habla esta chica! ¡Bravo! ¡Bendita sea tu boca! (Dentro atronadores aplausos y voces que claramente digan: «el autor,» «el autor.»)

ABON. 2.º Le llaman á usted.

FED. Vamos, hombre; no te aturdas así. El público llama, hay que complacerle.

CUAD. (Entrando.) ¿Está aquí el señor Bermúdez? Vamos, que llaman.

CARLOS No, no puedo salir.

FED. ¡A escena!

VOCES (Dentro.) ¡Bermúdez!

ABONADOS / ACTORES ¡Afuera! ¡Pues no faltaba más! (Sacándole entre todos. Oyense muchos aplausos y estruendo de un exito verdadoro. Queda Federico en escena. Acércase á la puerta.)

FED. Así destroza el hombre goces tan puros.

¡Casi le tengo compasión! (Mirando á la puerta.) ¡Vaya, pues no se me saltan las lágrimas! (Aplaudiendo.) ¡Bravo, Carlos, bravo; aunque serías un miserable si no fueses un desdichado!

ELENA (Entrando con precipitación.) ¿Qué hay?

FED. Que somos muy amigos. Tranquilízate, hija, que todo se ha arreglado. (Aplaude. Se oyen aplausos hasta que cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

ANGELA y ELENA

ANG. ¿Y fué aquí mismo?

ELENA Aquí mismo.

ANG. ¿Y cómo explicar esa aparente ceguedad?

ELENA Los celos... ¿qué sé yo? La desesperación de su alma al ser rechazada la obra.

ANG. ¿Y Federico?

ELENA ¡Pobre Federico!

ANG. ¿De modo, que éste... que Federico... te estrechaba entre sus brazos?

ELENA Sí... en el momento... en que Carlos entraba... ¡Ah! Angela... ¿Señora, usted también?

ANG. ¿Por qué dejas de hablar?

ELENA No merezco esa sospecha; soy mujer honrada y Federico... ama á otra.

ANG. ¿Quién es?

ELENA Me honraba con su amistad y ahora me injuria, sin embargo.

ANG. Tienes razón, tan locamente como Carlos he dudado yo. Ea, vamos á ver, ¿qué hacemos? ¿Qué piensas tú?

ELENA Aún no sé qué habrá sucedido, durante el final del acto tercero, estando yo en escena.

Cuando terminé, aquí se hallaba Federico, le pregunté, y en su rostro, á pesar de la serenidad perfecta que mostraba, creí adivinar una gran desgracia; ¿qué pensar? El honor que se le ha dado á la obra de Carlos me obliga á representar «Las Castañeras picadas.» Es imposible que yo salga del teatro y tanto Carlos como Federico huyen de mí. No me dejes. Desde luego comprendo que lo que pido ha de mortificarte, no es este lugar para tí; no son los bastidores de un teatro estancia natural para la gran señora protectora de las artes españolas, pero necesito de tí; ¡no me dejes, Angela mía!

ANG. ¿Y tú me pides eso?

ELENA Te lo ruego.

ANG. ¡Pues, entonces, no comprendes el amor que profeso á Federico!

ELENA ¿Cómo no? ¡si veo en tí la encarnación del sueño de más grandes bienes, á una mujer hermosa, adorable, sensible, tierna y soñadora como el niño!

ANG. Soñadora sí, porque se llama soñador al que percibe ó siente las vaguedades del sonido, la armonía de la palabra, los colores del campo. Al que puebla de invisibles séres los espacios imaginarios que su mente crea; y los ve bullir y escucha su voz y llora con ellos y con ellos ríe. ¡Oh! no amé á mi marido, que era yo niña y anciano él, pero bendigo nuestra unión, pues en su ardentísima fé, saber profundo y generoso entusiasmo, hallé paternal amor é incomparable maestro, que hizo arraigar en mi corazón sus más nobles sentimientos. Hoy amo en Federico al hombre y á la idea que enloqueció mi mente en Italia. El, como yo, ansía dar cuerpo de realidad á los invisibles séres que son los sueños del poeta. ¿Cómo no amar con el alma toda á quién encarna la ilusión de mi fantasía? Por mi nacimiento yankée tengo toda la independencia de la mujer americana y todo lo generoso de la sangre española por herencia de mi madre. Aquí me

quedo: ¿lo habías dudado? ¿Cómo no evitar yo la desgracia que presumes? Confía en mí. Ahora es necesario...

MIR. (Dentro.) ¿Se puede? ¿Elena?...

ELENA Es Miranda. Adelante.

ESCENA II

DICHOS, MIRANDA. Este sale vestido ya con el traje de manolo de principio de siglo

MIR. *Ni el mesmo sol, que bajara*
en figura de mujer,
y pongamos, la encontrara
en la calle, en la canal,
ó en vesita en una casa,
á donde tú te presentes,
pongamos la comparanza,
para mi corcho, ni esto.

(Esto lo dirá requebrando á Elena, que también está vestida de manola.)

Estoy hecho pedazos. ¡Ay! usted perdone, señora. (Viendo á Angela.)

ANG. ¿Y qué he de perdonar?

ELENA Es atróz hacer este sainete ahora, después de la batalla que hemos sostenido.

MIR. Al entrar lo he dicho; estoy molido. ¡Ah! ¡qué pícara vida! Diga usted, Elena, ¿llegará un día en que no hagamos más comedias? Dice Federico, que con el trabajo no quiere ni el saludo, por ser su enemigo irreconciliable, y recuerda aquél romance de Villegas:

Al son de las castañas
que saltan en el fuego.

Qué dulce vida. A propósito. ¿Federico no ha venido por aquí?

ANG. No, desde que terminó el drama.

MIR. Quería preguntarle si ha perdido la confianza en mí.

ELENA ¿Por qué?

MIR. Estaban hablando, hace un momento, él y el General Daroca, y al acercarme yo callaron.

ELENA ¿Dice usted que hablaban?

MIR. Sí, en un bastidor del foro, y esto me ha disgustado. No soy curioso, pero á Federico le quiero mucho, y siento, no su reserva, pero sí no ser su mejor amigo.

ANG. ¿Y parecía muy interesante la conversación?

MIR. Sin duda. Estaban muy preocupados y manoteaban mucho.

ELENA ¿Pero, no empieza este sainete nunca?

MIR. Ya debe haber empezado. (Mirando á la puerta.) No, aún no. Con calma lo llevan.

ANG. Yo quisiera merecer de usted un favor. (A Miranda.)

MIR. ¿Favor? nada de eso. Mande usted, que mandar puede, señora, que por tantos conceptos merece estimación y respeto.

ANG. Mucho agradezco...

MIR. Sólo una cosa quiero que me agradezca.

ANG. ¿Cuál?

MIR. Haber pronunciado la palabra estimación. Juré no pronunciarla jamás, y juré en falso. El bueno de Trujillo, es decir, el malo, me hizo execrarla con todas las veras de mi alma.

ELENA Es verdad que usa de ella á tontas y á locas.

MIR. Usa y abusa como un condenado. Es un hombre que tiene la pasmosa habilidad de decirlo todo al revés. Esta noche me ha referido un viaje, desgraciado por muchas circunstancias; vuelcos, heridos, ¿qué se yo? Y enumerando sus trabajos, dijo: «En fin, figúrese usted y *demás*, que á todo esto no habíamos tomado alimento desde el día siguiente.»

ELENA Cierto que tiene gracia. (Sonriendo lo mismo que Angela.)

MIR. Pero he olvidado el deseo de usted. Estoy á sus órdenes.

ANG. Quisiera que indicase usted al General que yo deseaba hablarle.

MIR. Inmediatamente. Tal vez se halle aún en el escenario. Hasta luego, Temeraria.

ELENA Adiós, Miranda.

ESCENA III

ELENA y ANGELA

ELENA ¿Crees que el General te dirá toda la verdad?
ANG. Así lo espero.
ELENA ¿Por qué no hablas primero con Federico?
ANG. No, que disimula admirablemente.
ELENA Parece que se alza el telón.
ANG. Sí.
ELENA ¡Y he de salir ahora ante el público!
ANG. Ten valor y esperanza.

ESCENA IV

DICHAS y MIRANDA

MIR. El General viene trás mí.
ANG. ¿Hablaba con Federico?
MIR. No, estaba charlando, en secreto también, con Andrés Gallardo. Esta noche es noche de misterios.
ELENA ¿Falta mucho para mi salida?
MIR. Dos escenas cortas. (Desde de la puerta.)
ELENA (¡Dios mío!)

ESCENA V

DICHOS, GENERAL y ANDRÉS

GEN. ¿Me ha llamado usted, señora?
ANG. Sí... Deseo que me diga usted la verdad en lo que voy á preguntarle.
GEN. Ya sabe usted que la verdad es mi amiga de siempre.
ANG. Sin embargo, hay momenfos en que á ustedes les parece peligrosa. (Hablando bajo.)
MIR. Adiós, Elena. La prudencia que Lady Waverley guarda y las angustiosas miradas de

usted, me indican que lo que el General sabe, le importa á usted mucho saberlo también.

ELENA Miranda.

MIR. ¿Qué?

ELENA Que cuento con la discreción del hombre y el afecto del compañero.

MIR. Y no debe usted dudar de mí.

ESCENA VI

DICHOS, menos MIRANDA

GEN. Me obliga usted, señora, á faltar á mi deber, pero también espero que pueda usted impedir que se lleve á efecto una necedad.

ANG. } ¡Ah!
ELENA }

GEN. Se ha convenido en un duelo, y bien sabe Dios que no hay fundamento para ello.

ANG. ¿Y usted lo apadrina?

GEN. Andrés y yo somos padrinos de Federico.

ELENA ¿Luego es cierto?...

ANG. Es indispensable que yo hable á Federico. Andrés ¿tendría usted la bondad de correr en su busca?

ANG. ¡Ya lo creo! (Vase.)

GEN. Y más sensible es el tal desafío cuanto que se apoya en niñerías.

ELENA ¿Cuál es la causa?

GEN. Pues que discutieron sobre la obra estrenada, y que Federico se permitió criticar algunos pasajes de la obra; mas como Carlos estaba en mala situación de ánimo por la derrota del acto segundo, perdió toda prudencia... y qué se yo. Cosas de jóvenes.

CUAD. (Entrando.) Doña Elena, que va usted á salir.

ELENA ¿Yo? ¡Dios mío de mi alma!

ESCENA VII

DICHOS y FEDERICO

ELENA ¡Ah! ¿Y Carlos? (Viendo á Federico.)

ANG. Vamos, hija mía. Tranquilízate.

ELENA Angela, por piedad, evita ese duelo. Sí, sí; ya voy... (Porque Angela le indica que tiene que salir.)

FED. ¿General? (Con tono de reconvención.)

GEN. No lo puedo evitar, y no lo siento.

ELENA ¡Ah! (Tomando la mantilla.) ¡Angela! (Procura serenarse; se limpia los ojos y trata de sonreirse. Angela la anima con grandes caricias.)

CUAD. (Entrando.) ¡Vamos!

GEN. Acompañaré á usted. (El General acompaña á Elena y Andrés hace ademán de salir también. Angela sorprende el intento de Andrés y le detiene.)

ESCENA VIII

ANGELA, FEDERICO, ANDRÉS

ANG. ¡Andrés! Hágame usted el favor de esperar.

AND. Aquí estoy.

ANG. Es natural que siendo ustedes tan buenos amigos... (Federico quiere interrumpir.) No, señor Cetina; deseo que escuche usted lo que voy á decir á Andrés.

FED. Somos muy amigos, cierto.

AND. ¡Hable usted, señora!

ANG. No ignorará usted la locura que intentan Carlos y Federico.

AND. La conozco y la desapruebo.

ANG. ¿Oye usted? (A Federico.)

FED. Yo también desapruebo, es decir, lamento lo que, más que locura, es tristísima desgracia.

ANG. Pues, entonces, ya no dudo, usted la evitará.

FED. ¿Y cómo?

ANG. Yo no sé qué reglas tiene el maldito honor de los hombres; honor que no se funda en la justicia de una causa.

FED. Mi causa es justa.

ANG. ¿Cuál es?

FED. Palabras atrevidas...

ANG. ¿Y es esto á lo que llama usted causa justa?

FED. La ofensa, grande ó pequeña, necesita reparación.

ANG. ¿Entre amigos que se titulaban hermanos no pocas veces? No puede ser. Veamos; Andrés será más sincero, puesto que, como padrino en el duelo que conciertan, no ha de ignorar su fundamento.

AND. Yo... crea usted... que...

ANG. Usted lo sabe. No creo que, como al General, le hayan ocultado la verdad.

FED. ¡Angela!

ANG. Su causa de usted no es justa. Carlos tiene razón.

FED. ¿Usted no sabe lo que aquí mismo ha pasado?

ANG. Sé que, aquí mismo, Elena estaba en los brazos de usted. (Marcando mucho la frase.)

AND. (¡Hola!) (Creyendo adivinar que Angela tiene celos.)

FED. ¡Es cierto!..

ANG. ¿Usted no lo niega?

AND. (¡Parecen celos!) (A Federico.)

FED. En mis brazos estaba Elena, no lo niego; ni yo niego la verdad.

ANG. Entonces Carlos tiene razón, y es de justicia que dé usted explicaciones.

FED. ¿A quién?

ANG. A Carlos.

FED. Imposible.

ANG. Hará usted mayor su falta.

FED. ¿Pero es que usted imagina que yo soy capaz de enamorar á Elena?

ANG. Andrés; para que esté usted callado no le dije que se quedase. Ayúdeme usted á convencer á su amigo.

AND. Estaba callado porque soy de la misma opinión de usted.

ANG. ¿Luego Federico hizo mal?

AND. Muy mal, y Carlos tiene razón.

ANG. Ya lo oye usted. Hasta sus amigos califican de mala su conducta.

FED. ¡Dor Dios, señora!..

ANG. Vea usted á Carlos.

FED. No puedo.

ANG. ¿Y abandona usted la honra de Elena al murmurar de las gentes? ¿Es ese el honor?

FED. Por defender su honor ultrajado me bato con Carlos.

ANG. Y al defenderla, logra usted tan sólo ultrajarla más. Usted fué el imprudente. Usted debe dar satisfacción.

AND. Eso es muy difícil.

FED. Es imposible, y no lo haré.

ANG. Quiero saber por qué.

AND. ¿Quiere usted saberlo? (Como animado á decir la verdad.)

FED Calla, ó vete si no puedes callar.

AND. No callo, ¡ea! ¿Por qué ese maldito empeño de dar importancia á las cosas?

FED. ¡Calla!

ANG. Hable usted.

AND. Este mentecato supone...

FED. ¡Andrés!

ANG. ¿Qué?

AND. Que se infiere á usted una ofensa...

ANG. ¿Ofensa?

FED. Basta, digo...

AND. Como si no dijeses nada. Con haber supuesto Carlos que Federico y usted se aman.

ANG. (¡Ah!... ¡Infame!)

FED. (¿Qué has hecho?)

AND. (Lo qué debo.)

FED. ¡Angela!

AND. ¿Se siente usted mal? (Con acento verdadero.)

ESCENA IX

DICHOS, ELENA

ELENA ¿Qué es eso? (Alarmada.)

ANG. Pues, ¿qué se yo?... Cansancio.

AND. Nada he dicho que pueda acongojarla...

ANG. Bien, basta. (Muy secamente.)

(Elena y Angela hablan aparte en el proscenio. Andrés y Federico, cambian de lugar, hablan aparte. Seria de agradecer que los actores, cuando fingen hablar, hablasen de veras y aún pronunciasen bajo frases que pudieran estar en la comedia.)

FED. Me darás cuenta de lo que has hecho.

AND. Te la daré cumplida en el día de tu boda.

ELENA No es cierto. ¡Digo, que no es cierto!

ANG. Inútil mentir. Andrés acaba de referírmelo todo. (Hablan bajo.)

FED. ¿Y nada te acobarda?

AND. Nada, tratándose de su dicha. ¿Qué me importa ese maldito duelo?... no, maldito, no... que muy bien puede conducirnos á vuestra felicidad.

FED. ¡Arriesgas la paz de una mujer!

AND. *Non rischiamo nulla.* El peligro de hoy pudiera repetirse mañana y venero yo mucho á esa mujer para consentir audacias de un mal aconsejado truhán.

FED. ¿Las consentiría yo?

ESCENA X

DICHOS. CARLOS

CARLOS (Sorprendido.) (Creí que Elena estaba sola.)

(Carlos calla un momento. Dá algunos pasos hácia la puerta, pero se detiene. Al mismo tiempo, Andrés y Federico quieren hablarle y las violentas miradas que Angela dirige á Carlos y las suplicantes de Elena, le detienen.)

CARLOS (Tomando una definitiva resolución.) Federico, tengo que hablarte.

FED. ¡Y yo! ¿Qué quieres?

CARLOS ¿Vamos á hablar aquí?

FED. ¿Por qué no?

CARLOS No es prudente.

AND. ¿Me permite usted que medie en una conversación cuya índole creo adivinar?

CARLOS Quisiera que fuera muy reservada.

AND. De reservado me precio.

CARLOS Lo sé.

AND. Pues, bien; mi fraternal cariño profesado á Federico largos años há, la estimación en que tengo á usted y mi caracter de padrino en el duelo que se proyecta, me autorizan para la súplica que nuevamente le hago.

CARLOS Siga usted.

AND. Mil gracias. (Hablando bajo.)

ANG. Adiós. (Insistiendo en su decisión de salir.)

ELENA No me dejes.

ANG. Ahora me es imposible dominar el agudo dolor que experimento.

ELENA Domínale como yo. Tú misma me has infundido valor para cumplir esta noche con mi deber.

ANG. ¡Pero, es que ese hombre es un malvado!

ELENA No, es tan sólo un pobre loco.

ANG. Le desprecio con toda mi alma. Déjame.

ELENA Espera. ¿Qué hablarán?

ANG. ¿Quiéres ahora ménos á Carlos?

ELENA ¡Ahora le quiero más!

ANG. ¡Y yo adoro á Federico!

ELENA ¿Acaso porque te hace infelíz?

ANG. ¡Acaso! (Hablan bajo.)

CARLOS Agradezco á usted, señor mío, la intervención en este asunto, pero mi intento no era tal, porque no puede ser que dos caballeros se vuelvan atrás horas antes de llegar á mirarse frente á frente Es verdad que la causa es pequeña... ridícula tal vez; pero hace imposible, sin embargo, que yo en nada satisfaga...

FED. Como quieras.

CARLOS Ahora escúchame... Con permiso. (A Andrés, éste se separa y vá en busca de las señoras: Angela. severa y altiva, Elena angustiada.) Antes cometí una falta indigna de un hombre de bien. Ofendí á una señora. Perdóname y adiós.

FED. La señora á quien ofendiste, no ignora la ofensa; por lo tanto, el perdón, de ella ha de ser, de mí no basta.

CARLOS ¡Lo sabe!

FED. Todo. (Hablando bajo.)

ANG. Andrés, ese duelo es imposible á toda costa, hay que impedirlo.

ELENA Amigo mío, tenga usted piedad de nosotras.
AND. Lo impediré, ó dejo de llamarme *Il Grato.*
ANG. Le advierto á usted, que esta misma noche quisiera tener perfecta seguridad de ello; si así no fuese, yo hablaré á Carlos, y bien á pesar mío, le diré algo que despierte en él sentimientos que .. (¡Ah! ¡Doña Isabel!)
ELENA ¿Qué piensas decirle?
ANG. Ya lo verás... (Hablan bajo.)
FED. ¿No, decididamente?
CARLOS Lo creo inútil.
FED. ¡Está bien, vete!
CARLOS Adiós. (Se detiene al salir y vuelve dirigiéndose á Angela.) Señora, ¿tendría usted la bondad de prestarme atención breves instantes?
ANG. Hable usted. (Con altivéz.)
CARLOS Permitiéndole hacerlo Elena y este caballero. (Estos se separan.) Señora, quiero que usted me perdone.
ANG. ¿Qué?
CARLOS No ignora usted que ébrio de cólera la he ofendido. Esto puede disculparme, pero no absolverme.
ANG. Encuentra usted fácil disculpa para las vilezas.
CARLOS Es dura la palabra.
ANG. Tal vez más blanda que la infamia de usted.

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA ISABEL. Esta señora, respetable por todas sus circunstancias, anciana bien caracterizada y limpia; aunque de aspecto provinciano, no ha de ser ordinaria ni en sus maneras ni en sus acentos. Se expresará con cierta libertad decente, que será hija de falta de trato con gentes cultas, pero no de estupidéz. Su traje antiguo, y no ridículo. Sale acompañada de Cuadernillo; vendrá muy agobiada y un tanto descompuesta en el atavío de su persona. Al ver á su hijo, prorrumpirá en un grito de amor

CUAD. Sí, aquí está; pase usted señora.
ISAB. (Entrando.) ¡Hijo de mi alma!
CARLOS ¡Madre mía! (Abrazándose.)
ELENA (¡Ah!)
FED. (Había olvidado á esta señora.)

ANG. (Dios la envía.)

AND. ¡Qué coincidencia! (A Angela.)

ISAB. Federico, ¿qué, ya no te acuerdas de mí? digo, ¿me dejarás tutearte?

FED. ¿Me va usted á dar tratamiento? Apriete usted; (Se abrazan.) así.

CARLOS (¿Qué es esto?)

ISAB. Ante todo, llévame á ver á esa señora... á esa santa bendita...

FED. Angela, la señora madre de Carlos.

CARLOS Pero, ¿por qué estás aquí? ¿Quién te ha dicho que hoy?...

ISAB. ¡Ah! esa es una historia muy larga. ¡Pero, qué dichosa he sido, señora! ¿Me permite usted que le dé un beso en esa frente de cielo? ¡Pero, qué hermosa es usted! ¡Vamos, querer que yo viniese para asistir al triunfo de mi hijo, y traerme desde tan lejos! ¡Ay! ¡Carlillos!... Y no estarás descontento de mí. Federico, he cumplido la palabra que me exijiste, no me he movido de mi asiento. Y qué ganas se me pasaron de gritar, ese, ese es el hijo de mis entrañas, el autor de todo ese enredo. ¿No es verdad, que la comedia es muy bonita?

AND. ¡Preciosa!

ISAB. ¿Es amigo tuyo? ¡Es un buen mozo!

AND. Muchas gracias.

ISAB. Es claro, me he engañado, y allí me estaba sentadita en mi sitio hasta verte salir otra vez. ¡Cuánto he llorado! ¡Válgame Dios! Un chusco me decía: «Mire usted que eso es de mentirijillas abuela.» ¿De mentirijillas? ¡Qué poco sabía él la causa de mi llanto! Pero viendo que no salias, pregunté y me dijeron que estaban representando un sainete de Santa Cruz, «Las Castañeras», no sé qué. Pues entonces, me dije, ¿qué hago yo aquí? Salí corriendo y vine á verte. Busca por acá, busca por allá, cá; nada, me he perdido en el escenario. He dicho tu nombre y no me han contestado. ¡Cuánta gente hay en un teatro! ¡Vírgen Santísima! ¡Uf! ¡qué calor!

ANG. Siéntese usted, doña Isabel, siéntese usted. Así me gusta, verla dichosa.

ISAB. Y ahora recuerdo que estaba usted en un palco, frente á mí. ¡Qué hermosa me pareció usted entonces, y así se lo dije á mi vecino de asiento, pero no me dijo el nombre de usted! Y de cerca es usted mucho más hermosa, pero mucho más. ¡Ah! Ya ve usted, he llegado una hora antes de comenzar la función, al tiempo preciso: pues no señor, no estoy cansada. Carlos, hijo, ¿con que no me esperabas? Ahí tienes una delicadeza más de esa bendita.

CARLOS No esperaba á usted y estoy muerto de curiosidad...

ISAB. Y yo muerta por hablar, que la gratitud callada parece infamia. Y á nadie, á nadie, le he dicho palabra, señora, y ahora...

ANG. No, ahora no hay que pensar en eso, sino en la dicha presente.

ISAB. ¿Y de dónde viene esa dicha?

ANG. De su hijo de usted.

ISAB. ¡Hijo, hijo mío!

CARLOS Diga usted, por favor...

CUA. ¡Prevenida, doña Elena!

ELENA ¡Maldito sainete! ¿Tengo mucho tiempo? (A Cuadernillo.)

CUA. No, señora. (Vase.)

ISAB. ¡Calle! sí, es verdad, ¡tú eres Elena, qué maja estás! Perdona que te tutee, pero como vas á ser la mujer de mi hijo... (La abraza.)

ELENA (¡Dios mío!)

ISAB. Tú no me conocías, pero, yo, sí. Me envió mi hijo un retrato tuyo, y en cuanto te ví en las tablas te conocí. ¡Qué guapa eres!

CARLOS ¿Pero, madre, esa gratitud de que hablabas?..

ISAB. Es verdad... si son tantas las alegrías porque paso... (Gimoteando.) Ven acá, Federico, ven acá. Quiero que, como Carlos, estés siempre á mi lado. Eres otro hijo para mí.

CARLOS
ELENA } ¡Ah!

ISAB. ¿Qué te ocurre, hombre? ¡Cuando estuviste allá, cuando en nombre de esta señora

fuiste á hacerme tanto bien, estabas más alegre!

CARLOS Pero, acaba de una vez.

ISAB. No acertaré, de fijo, á referir tantas bondades. ¡Pobre Juan mío, si tú vieras esto, dirías que acá á la tierra descienden alguna vez los ángeles del Señor!

ANG. Vamos á ver; en cuanto termine Elena, iremos á casa, que usted ha de estar á mi lado... y mañana...

ISAB. No... no... yo me voy con mi Carlos, para verle mucho y enseñarle á bendecir el nombre de usted. Además, en su casa, llegaría á molestar.

ANG. ¿Molestar una amiga mía... una venerable anciana?

ISAB. ¿Pero oyes esto? (A Federico.) ¿A mí, á una pobre mujer, llamarme amiga? ¡Qué razón tenías, verla y quererla es todo uno! Y es claro, te enamoraste de ella.

FED. (¡Doña Isabel!) (Aparte á ella.)

AND. Tal es la alegría de esta señora, que, sobre todo, bromea. ¿Cómo quiere usted que Federico?..

ISAB. ¿Y por qué no?

AND. ¿Por qué no? (Hable usted.) Aparte á doña Isabel.)

ISAB. Que hable, ¿qué?

AND. (¡Adelante!) (A doña Isabel.)

FED. (Ni una palabra más.) (Idem.)

AND. (A Federico.) (Déjala.)

FED. (A Andrés.) (¡No!)

ISAB. ¿Por qué he de callar?

FED. ¿Cómo callar? ¿Quién ha dicho tal? Refiera usted á Carlos lo que se le ha ocultado. Pendiente está de sus labios.

CARLOS (¿Qué hay aquí?)

ISAB. (A Federico.) ¿He dicho alguna necedad?

FED. (No, señora.) (A doña Isabel.)

ISAB. Pues, mira; haríais muy linda pareja, aunque le pese á ese señor. (Por Angela y Federico.)

FED. Vaya. Tendré yo que decir á Carlos...

ISAB. Dílo, hijo mío, dílo tú.

FED. ¡Me pone usted en un aprieto!

ISAB. ¿Te avergüenza lo que hiciste con mi Juan?

FED. ¡Jamás!

MIR. (Entrando.) ¡Corra usted, Elena, que va á quedarse parada la representación!

ELENA ¡Ah, ya lo había olvidado! (Vase corriendo, seguida de Miranda.)

ISAB. ¿Qué ocurre?

CARLOS Nada. ¿Qué fue lo que Federico?...

ISAB. Y usted que ha sido la madre de nuestro consuelo, nada quiere decir.

CARLOS Pero...

ANG. Tiempo tendrán ustedes...

ISAB. Tiempo, sí, de repetirlo, mas para que lo sepa mi hijo, cuanto más pronto mejor.

CARLOS Sí, mejor ahora; pero no te distraigas, no divagues. Sácame de esta ansiedad.

ISAB. Verás. Aquí he de tener la carta... Sí, aquí está. Una carta de esta señora que dice: «Mi respetable doña Isabel: Federico dirá á usted de palabra mucho, que yo no quiero cansar á usted con la lectura de esta carta. Haga usted cuanto Federico le indique, que es amigo fraternal de Carlos y no quiere más que el bien de ustedes. Que Dios alivie al enfermo.» (Llora.) ¡Pobre Juan!

CARLOS ¿Cuando mi padre estaba enfermo?

ISAB. Sí, entonces... ¡Válgame Dios!... Atiende, atiende... «Acepte usted cuanto en su socorro se haga; la agradecida he de ser yo, puesto que el bien realizado lleva al alma del que lo practica contento infinito.»

CARLOS ¡Sigue, sigue!

ISAB. Um, um... (Buscando el renglón.) Ya no hallo el renglón con tus prisas. .

CARLOS ¡Dame! (Leyendo.) «Federico lleva, ó así lo creo, lo necesario para dar alivio al pobre enfermo. Es sensible complicación para usted que Carlos se halle postrado en cama, sin peligro para su vida, cierto; pero el consuelo y apoyo de un hijo en Federico lo hallará. Carlos está atendido y cuidado con esmero, y sigue creyendo que á usted debe los socorros que recibe... (Carlos suspende la lectura.)

ISAB. Ahora eres tú el que no lee deprisa.

CARLOS (Leyendo.) «No le asombran estos socorros, porque supone cierto el legado hecho á favor de ustedes por un pariente lejano. La única condición que impongo, mejor, mi único ruego es que Carlos ignore todo lo que en esta carta digo. Saberlo antes de terminar su obra sería matar su porvenir, porque tal vez juzgue humillante lo que sólo es favor pequeño y abandonase tan hermosa profesión buscando en pobre trabajo el sustento de ustedes. A la madre hablo. Piense usted en el bien de su hijo.»

ISAB. ¿Qué te parece?

CARLOS ¡Que no lo entiendo!

AND. (A Federico.) (¡No me has dicho nada de esto!)

FED. (¿Para qué?)

ISAB. ¿Qué es lo que no entiendes?

CARLOS. Nada de lo que has dicho. ¡Mis ideas se embrollan! ¡Habla, por favor!

ISAB. Pues todo es claro como el agua. Que enfermó tu padre mortalmente; que no había tal herencia ni tales carneros; que nos hallábamos en la miseria puesto que Juan no podía trabajar y tú estabas enfermo también, y que esta señora, que has de venerar como á una santa, nos socorrió, y que merced á ella halló tu padre cristiana y decorosa sepultura. (Llorando)

CARLOS (Acongojado.) ¿Qué dices?

ISAB. (Coge á Federico.) Mira; este mozo hizo las veces tuyas al lado de tu padre: — Vamos, ahora un paseito,—é iba Juan dando trancos por aquellos andurriales.—Ya verá usted qué comedia la de su hijo.—¡Cá, yo no la veré,—decía él, embargada su voz por la amargura de no verte!—¿A que sí?—¡Ya verás cómo nó!—porque también le tuteaba; y cuando venian aquellos dolores que consumían su existencia, ¡con cuánta solicitud procuraba éste aminorarlos!

FED. ¿Y á qué recordar ahora?...

ISAB. Quiero recordar que estuviste al lado del cadáver muchas horas, y aunque evitabas

que te viese, sorprendí lágrimas en tus ojos... (Llorando.)

CARLOS Sigue, sigue...

ISAB. Y besó muchas veces su frente y cubrió de flores su cuerpo.

CARLOS ¡Federico!

ANG. ¡Ea, ea, se acabó!

ISAB. ¿No os abrazáis?

FED. ¡Carlos!

CARLOS ¡Sí!.. (Se abrazan.)

ISAB. (A Angela.) ¡Y todo por usted!

ANG. Por el talento de su hijo.

ISAB. Al que usted ha abierto camino.

CARLOS (Fué un delirio mío, ¿no es cierto?)

FED. (Un loco entusiasmo por tu obra y vuestra dicha.)

CARLOS (Mírame.)

FED. (Cara á cara, y juzga de mi corazón.)

CARLOS (¿Besaste la frente de mi padre?)

FED. (Sí. ¡Mírame!)

CARLOS ¡Oh! Sí, imposible. ¡Perdóname, Federico!)

FED. ¡Anda á paseo!

CARLOS ¡Señora! (A Angela.) (Señora, ¿merezco su perdón y la dicha de besar su mano? Mi castigo será que de mis labios sepa mi madre lo torpe de mi conducta.)

ANG. (¡Carlos, jamás!)

CARLOS Bendita (Besando su mano) mano, tan noble y generosa. (Se arrodilla.)

ANG. ¡Eso nunca! ¡Alce usted!

CARLOS ¡Ah! Federico, ven. Escuchó usted á mi madre. Ella sabía que Federico amaba á usted.

FED. (¡Qué haces?)

CARLOS Esto es gratitud, gratitud inmensa, que parece darme nueva vida. Mira la alegría retratada en su semblante hermoso. Federico no ha mucho me dijo que era usted el íntimo y poderoso sentir de su corazón. ¿Por qué no ser tan dichosos como yo lo soy? ¡Madre, madre mía!.. Aquí esta Elena.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ELENA, GENERAL, GUTIÉRREZ, TRUJILLO y caballeros

GEN. ¡Qué actriz!

GUI. Es usted dueña de la risa y el llanto.

LUIS En otros términos, por ejemplo; Terpsícore y Melpómene.

ABON. 1.º Talía, Talía.

CARLOS ¿Me perdonas? (A Elena.)

ELENA (¡Ah!) (Doña Isabel se acerca á los caballeros y refiere los actos de Angela.)

FED. (¡Angela de mi vida!)

ANG. ¡Andrés! (Llamando.)

AND. ¡Por fin! ¡gracias á Dios!

ANG. Y por el mal rato de antes, le castigo con el encargo de un cuadro.

AND. ¿Irá usted á Roma?

ANG. ¡Con alma y vida!

ELENA ¡Dios mío! ¡Angela! (A Carlos.)

ANG. ¡Ya eres dichosa!

ELENA Tanto como tú.

ISAB. Todo esto lo ha hecho esta santa. (Al grupo de caballeros.)

TODOS ¡Bravo, Angela, Bravo!

FED. (A Carlos.) ¿Te acuerdas? Esta mañana te lo dije: ¿Qué hace la duquesa de Altora? Que busca y halla el talento, falto únicamente de una mano en qué apoyarse. Que por ella salen á luz labores intelectuales que son asombro de las gentes; que funda escuelas, centros instructivos, que reconstruye monumentos nacionales. Pues á fé que no necesitas acudir al peluquín y la casaca para dar carácter de realidad á ese personaje hermoso. Has copiado á Lady Waverley.

CARLOS ¡Benditos seáis los dos!

TODOS Bravo por el poeta.

FIN DE LA COMEDIA

Ricardo Ribera, á quien se achaca la descripción que de Lady Waverley se hace en el acto primero, era tan amigo del autor, que éste no ha resistido al deseo de consagrar un recuerdo á su memoria.

No miente Andrés cuando dice que Ribera dejó en Roma *fama de cultura exquisita y gracia sin rival.*

Imaginación ardiente, gentil y pintoresca palabra, noble corazón y recta conciencia adornaban á aquel artista, que prematura muerte arrancó á su anciana madre y á sus amigos.

Descanse en paz nuestro amigo Ribera.

27 de Febrero de 1891.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, pe *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

